

“Ludoterapia kontikiana y psicogenealogía: Un viaje terapéutico de sanación del linaje en la infancia”.

Tesina de investigación para la obtención de la certificación de psicoterapeuta Kontikiana

Ps. Cl. Sofía Rocio Endara Castro

Directora: Mgtr. María Alexandra Proaño

Supervisora: Ps. Cl. Camila Cevallos

Julio, 2025

## Tabla de contenidos

Introducción	4
Capítulo 1: La ludoterapia Kontikiana como camino simbólico	6
1.1 El juego como lenguaje terapéutico y contenedor simbólico	6
1.2 Fundamentos de la ludoterapia kontikiana	7
1.3 El terapeuta como testigo y guardián del viaje iniciático del niño	9
Capítulo 2: Psicogenealogía y transmisión emocional transgeneracional	12
2.1 Fundamentos teóricos de la psicogenealogía	12
2.2 El inconsciente familiar: secretos, vergüenza y repeticiones inconscientes	16
2.3 El árbol genealógico como mapa simbólico	19
2.4 Memoria emocional, corporal y herencia epigenética	20
2.5 El linaje como territorio simbólico y del inconsciente	22
Capítulo 3: Del síntoma al símbolo: integrar la sombra en la infancia	25
3.1 El síntoma infantil como expresión del trauma transgeneracional	25
3.2 El juego como vía de expresión y contención del inconsciente familia	27
3.3 El viaje del héroe en la infancia: resignificar la herencia desde lo simbólico	29
3.3.1 Cuentos, personajes y rituales como mediadores del inconsciente	31
3.3.2 Del trauma al relato: juego, metáfora y cuentos terapéuticos	33
3.4 Consideraciones éticas en la exploración del linaje con niños/as	35
Conclusiones	38
Recomendaciones	39
Bibliografía	40

## Resumen

Este trabajo explora la integración entre la ludoterapia kontikiana y la psicogenealogía como vías complementarias de intervención terapéutica en la infancia. A partir de un enfoque simbólico y transgeneracional, se propone comprender ciertos síntomas infantiles como una manifestación del inconsciente familiar y del legado emocional no elaborado, que se puede llegar a expresar a través del juego como lenguaje primigenio. La ludoterapia ofrece un espacio donde el niño o niña puede encarnar, representar y transformar los contenidos heredados que habitan en su sombra psíquica. A través de herramientas como el genograma, los cuentos terapéuticos y la caja de arena, se facilita el tránsito del síntoma al símbolo, en un viaje iniciático de resignificación del linaje.

**Palabras clave:** psicogenealogía, transgeneracional, ludoterapia kontikiana, inconsciente familiar, símbolo, sombra, arquetipo, viaje del heroe, juego, infancia.

## Abstract

This paper explores the integration of Kontikiana play therapy and psychogenealogy as complementary avenues for therapeutic intervention in childhood. From a symbolic, transgenerational perspective, it proposes understanding certain childhood symptoms as manifestations of the family unconscious and unprocessed emotional legacy, which may be expressed through play as a primordial language. Play therapy provides a space in which the child can embody, enact, and transform inherited contents residing in their psychic shadow. Through tools such as the genogram, therapeutic stories, and the sand tray, the transition from symptom to symbol is facilitated, guiding the child on an initiatory journey of lineage re-signification.

**Keywords:** psychogenealogy, transgenerational, Kontikiana play therapy, family unconscious, symbol, shadow, archetype, hero's journey, play, childhood.

## Introducción

El presente trabajo se inscribe en el cruce entre dos territorios simbólicamente fértiles: la ludoterapia kontikiana y la psicogenealogía. Ambos enfoques, aunque provenientes de tradiciones distintas, el primero enraizado en la psicología junguiana y los rituales simbólicos de sanación; el segundo, anclado en la clínica transgeneracional, comparten la premisa de que, el alma humana no se construye en aislamiento, sino en relación con una red invisible de memorias, afectos, silencios y lealtades que atraviesan generaciones. En la infancia, este entramado se expresa con particular fuerza a través del cuerpo, el juego y el síntoma, que muchas veces portan lo que no ha sido dicho, tramitado ni llorado en el sistema familiar.

Desde esta perspectiva, el síntoma infantil puede leerse como una metáfora encarnada del trauma transgeneracional. No se trata simplemente de una manifestación individual de malestar, sino de una escena donde el niño o la niña representa, sin saberlo, los malestares no resueltos del linaje. Esta comprensión exige una mirada integrativa de que es necesario ver al niño no como un paciente aislado, sino como una resonancia simbólica del sistema al que pertenece.

El objetivo central de esta investigación es explorar cómo el juego simbólico, en el marco de la ludoterapia kontikiana, puede facilitar la elaboración psíquica de los contenidos del inconsciente familiar, habilitando procesos de resignificación profunda del trauma heredado. Para ello, se articula un marco teórico multidimensional que incluye los aportes de la psicología analítica (Jung, Woodman), la teoría transgeneracional (Freud, Szondi, Schützenberger, Böszörményi-Nagy), la epigenética emocional y las prácticas clínicas de la ludoterapia kontikiana desarrolladas en el Centro Kontikion desde el año 2005.

A lo largo del trabajo se analiza cómo el cuerpo infantil puede convertirse en escenario del linaje, cómo el síntoma puede ser leído como metáfora relacional y

cómo el juego, en tanto ritual simbólico, puede operar como acto de transformación psíquica y vincular. Se sostiene que la integración de la sombra transgeneracional no se produce a través del discurso racional, sino mediante experiencias simbólicas que activen la memoria emocional y permitan su representación psíquica. En este sentido, el cuento, el personaje arquetípico, el objeto ritual o el tablero simbólico se constituyen como herramientas terapéuticas capaces de contener y transformar lo que ha sido heredado sin elaboración.

Así, esta tesina reconocer al juego como vía legítima de sanación y al linaje como territorio inconsciente que habita el síntoma, permite ampliar la mirada terapéutica hacia una dimensión más profunda, relacional y transformadora. En el cruce entre juego y genealogía, entre síntoma y símbolo, se abre un camino de reparación que no solo libera al niño, sino que restituye algo al sistema familiar.

## Capítulo 1: La ludoterapia Kontikiana como camino simbólico

### 1.1 El juego como lenguaje terapéutico y contenedor simbólico

En el universo infantil, el juego no es únicamente una forma de entretenimiento, sino un lenguaje primordial que da acceso a la subjetividad, al mundo emocional y simbólico del niño y niña: “el símbolo es el lenguaje natural del inconsciente, y en el juego, el niño lo encarna sin necesidad de interpretarlo” (Jung, 1954, p. 112). A través del juego, lo que no puede ser dicho con palabras encuentra forma, imagen y movimiento. Es el terreno fértil donde lo reprimido, lo ignorado o lo aún no elaborado puede aparecer de manera segura.

Es así como se comprende que la ludoterapia propone un espacio protegido, creativo y terapéutico porque reconoce el potencial expresivo y simbólico del juego: “La terapia de juego es el proceso por el cual se proporciona al niño una oportunidad para expresar sus sentimientos, pensamientos y experiencias a través del juego, que es su forma natural de comunicación” (Axline, 1947, p. 12).

En esta expresión simbólica el juego no solo comunica sino que transforma. Como señala Woodman (1985), “el cuerpo es el escenario del alma”, y es precisamente en la corporalidad lúdica donde el niño despliega narrativas internas que reorganizan su vivencia emocional. El símbolo se representa y se vive. Jung (1964) sostenía que el símbolo es “el puente entre el consciente y el inconsciente”, y en la infancia ese puente es natural y espontáneo.

El juego es una vía profunda de integración psíquica, Virginia Axline (1947) afirma que en este proceso el terapeuta debe seguir al niño, sin dirigir ni interpretar, confiando en su impulso hacia la autorregulación. Esta posición terapéutica exige una presencia empática, una escucha simbólica que sostenga el espacio de lo emergente. La ludoterapia kontikiana retoma este fundamento y lo expande al

concebir que el juego como un ritual simbólico que facilita procesos profundos de sanación (Proaño & Cevallos, 2025).

En esta perspectiva, el niño no solo accede a su mundo inconsciente individual, sino que también puede canalizar contenidos del inconsciente colectivo. Esta forma de jugar, permite la integración psíquica a través de recursos simbólicos ancestrales como los cuentos, los mitos y la magia. Así, el juego se convierte en un lenguaje del alma, capaz de transformar desde adentro lo que aún no ha sido elaborado.

## 1.2 Fundamentos de la ludoterapia kontikiana

El Kontikion fue fundado en el año 2005 por María Alexandra Proaño en Quito, Ecuador, y es el espacio donde se ha creado y desarrollado la ludoterapia kontikiana, un modelo terapéutico que articula elementos de la psicología junguiana, el enfoque sistémico y los rituales simbólicos de sanación (Centro Kontikion, 2025).

Esta propuesta reconoce al niño como un ser multidimensional —con cuerpo, emociones, pensamientos y espíritu— que se expresa espontáneamente mediante actos simbólicos a través del juego. El síntoma, en este marco, no se entiende únicamente como una manifestación individual, sino como una expresión del sistema familiar y del inconsciente colectivo. Por ello, el terapeuta kontikiano sostiene “todos los niveles del alma del paciente” y actúa como canal de resonancia simbólica, desde una presencia profunda y respetuosa del proceso del niño (Proaño & Cevallos, 2025).

El símbolo es el eje estructurante de esta práctica. Desde el enfoque kontikiano, el juego es concebido como una vía directa de conexión simbólica con el mundo interno del niño, capaz de activar procesos de transformación psíquica

profunda (Proaño & Cevallos, 2025). Esta relación no se limita al plano verbal, sino que permite al niño reorganizar emocionalmente su experiencia desde lo arquetípico, utilizando el símbolo encarnado como vía de integración.

El proceso terapéutico se estructura en torno al arquetipo del *viaje del héroe*, inspirado en Campbell (1949) y resignificado en la práctica kontikiana mediante un tablero simbólico que organiza la experiencia lúdica en cinco niveles: fuego, aire, agua, tierra y éter (Proaño & Cevallos, 2025). Cada nivel representa una dimensión psíquica y vincular:

- **Fuego:** la expresión vital, la voluntad, el deseo y la agresividad creadora.
- **Aire:** el pensamiento, la palabra, el sistema de creencias y la mirada hacia el otro.
- **Agua:** las emociones, la memoria afectiva y el vínculo con lo maternal.
- **Tierra:** lo estructural, el sostén, los hábitos, el cuerpo físico y la realidad concreta.
- **Éter:** la dimensión espiritual, la conexión con el alma, el linaje y el sentido.

Este modelo multielemental no es solo metafórico, sino operativo ya que, cada nivel trabaja temáticas específicas, asociadas a retos simbólicos, arquetipos, actos psicomágicos, materiales rituales y movimientos psíquicos adaptados al mapa emocional del niño (Proaño & Cevallos, 2025). El terapeuta no dirige ni impone contenidos desde lo racional. Su función consiste en sostener el campo simbólico y acompañar el despliegue psíquico desde una escucha profunda y una presencia ritualizada (Axline, 1947).

Las herramientas terapéuticas varían según el nivel simbólico y el momento del proceso, e incluyen materiales como: títeres, plastilina, cerámica, caja de arena,

temperas, pinturas, construcciones tridimensionales, elementos naturales, dibujos de tótems, máscaras, amuletos y objetos rituales. Estos materiales permiten representar contenidos internos y también, facilitan una expansión psíquica, en la que el niño explora aspectos profundos de sí mismo a través del símbolo encarnado en la materia. Cada objeto es elegido intencionalmente por la terapeuta y evoca imágenes arquetípicas, activar movimientos emocionales específicos y sostiene el trabajo terapéutico como un espacio de transformación (Proaño & Cevallos, 2025).

La ludoterapia kontikiana también incluye un trabajo activo con los cuidadores primarios a través de las denominadas: tiendas mágicas, que son sesiones mensuales de acompañamiento simbólico y psicoeducativo que permiten integrar el proceso infantil en el sistema familiar, abriendo espacios de reparación y conciencia transgeneracional (Proaño, 2009).

En síntesis, la ludoterapia kontikiana propone una vía de sanación simbólica que honra el lenguaje natural del alma infantil: el juego. Se trata de una terapia ritual, transformadora, donde el símbolo se convierte en acto y el juego en integración psíquica.

### 1.3 El terapeuta como testigo y guardián del viaje iniciático del niño

En la ludoterapia kontikiana, la figura del terapeuta se aleja de toda concepción directiva, neutra o interpretativa. Su rol no es el de un experto que guía, sino el de un testigo ritual, una presencia simbólica que contiene y acompaña el despliegue psíquico del niño. Como afirma Axline (1947), el terapeuta debe seguir al niño sin imponer dirección, confiando en que el impulso hacia la integración está presente de forma espontánea en el juego. Esta actitud se convierte en un acto de

profunda entrega y confianza: sostener el alma del niño sin invadirla, contener sin dirigir, resonar sin interpretar.

Desde la perspectiva kontikiana, esta función terapéutica adquiere una dimensión donde el terapeuta es quien guarda el umbral del ritual. El juego, entendido como acto sagrado, convoca símbolos que pueden ser movilizados e intensos. Es allí donde el terapeuta se convierte en guardián del espacio ritual, una figura que, como en los relatos míticos, custodia el tránsito del alma a través del umbral de lo inconsciente. Proaño (2009) retoma esta imagen cuando habla del terapeuta como canal simbólico que acompaña sin perturbar el lenguaje propio del alma infantil.

Esta imagen está anclada en el arquetipo del *viaje del héroe* desarrollado por Campbell (1949), donde el héroe, que en este caso es el niño, debe atravesar umbrales, enfrentar pruebas, morir simbólicamente y regresar transformado. El terapeuta a pesar de contar con una estructura, no es quien dicta el camino sino quien custodia el rito de paso, sosteniendo el campo psíquico para que la transición ocurra. El terapeuta es la figura que vela por la integridad del espacio simbólico, acompaña el tránsito emocional y mantiene viva la coherencia interna del proceso.

Marion Woodman (1985), desde la psicología junguiana, profundiza en esta dimensión ritual del terapeuta al afirmar que toda transformación verdadera ocurre cuando la psique se siente segura para expresarse a través del cuerpo, el gesto y el símbolo. El terapeuta que encarna su rol con presencia ritualizada no interviene para “hacer algo” con el contenido, sino que lo honra, permitiendo que el símbolo haga su trabajo. Esta es una función terapéutica esencialmente ritual y psíquica.

En este sentido, acompañar no es intervenir sino es respetar el ritmo del alma. Cada niño transita su proceso simbólico a un tiempo singular. Algunos necesitarán permanecer en un mismo nivel del tablero durante semanas, otros avanzarán

rápidamente pero retornarán cíclicamente a zonas psíquicas no resueltas. El terapeuta afina su escucha para percibir estos movimientos sutiles, sosteniendo el miedo, validando la rabia, nombrando lo innombrable. Como lo expresa Durand (1964), el símbolo solo actúa si es encarnado con sentido; por eso, el terapeuta kontikiano cuida que cada acto del niño tenga espacio para desplegarse y cerrarse sin interrupción prematura.

Por todo esto, la terapeuta kontikiana no es una observadora pasiva, ni tampoco una interventora activa, es una guardián ritual del proceso simbólico, que acompaña desde una presencia amorosa, simbólicamente afinada y profundamente respetuosa del misterio del alma infantil.

## Capítulo 2: Psicogenealogía y transmisión emocional transgeneracional

### 2.1 Fundamentos teóricos de la psicogenealogía

La vida de un ser humano esta profundamente entrelazada con la historia emocional de quienes lo precedieron. No solo se hereda aspectos biológicos y genéticos, sino también un legado psíquico y emocional y puede incluir patrones de éxito, fracaso, experiencias traumáticas, accidente e incluso enfermedades cuya raíz se encuentra en la historia familiar remota. Siendo así, la psicogenealogía se presenta como una teoría que permite comprender estos eventos desde un marco relacional y familiar que trasciende la interpretación individual.

Siendo así, permite reconocer los patrones inconscientes que se tejen en la sombra de la historia familiar y que continúan afectando el presente a una persona invita a identificar y comprender el entramado de la historia familiar permite resignificar el pasado, comprender las repeticiones y construir un camino más libre y liviano hacia los propios deseos y proyectos (Cucci & Varghese, 2024).

Esta perspectiva se nutre de múltiples raíces, teniendo fundamentos desde distintos enfoques clínicos de la psicología pero que coinciden dentro de su teoría y su lenguaje la existencia e importancia del inconsciente. Para desarrollar los fundamentos clínicos se abordará a cuatro autores en este capítulo que son: Sigmund Freud, Carl Jung, Leopold Szondi y Anne Ancelin Schützenberger.

Sigmund Freud, con su aporte fundamental a la psicología a través de sus propuestas desde el enfoque psicoanalítico, introduce el inconsciente como objeto de estudio de la psicología: “Llamamos inconsciente al proceso psíquico cuyo desarrollo ignoramos, pero del cual inferimos la existencia por sus efectos. Consideramos que es inconsciente toda representación que, en determinado momento, no se halla en la conciencia, y juzgamos que pertenece al inconsciente

cuando se comprueba que es capaz de influir en la conciencia sin que esta se aperciba de su acción.” (Freud, 1915, p. 164).

Los sueños, lapsus, actos fallidos pueden revelar no solo lo reprimido personal, sino también huellas de historias que buscan ser escuchadas: “...el paciente se ve empujado a repetir lo reprimido, como vivencia actual, en lugar de recordarlo como parte de su pasado. Esta repetición, que aparece siempre con carácter de compulsión, domina un sector de su vida psíquica...”(Freud, 1920/2003, p. 17). La repetición es una forma degradada del recuerdo que solo puede transformarse si se elabora.

A pesar de los acercamientos de Freud, los aportes de Carl Jung amplifican esto a través del paso del inconsciente individual al inconsciente colectivo: “A diferencia del inconsciente personal, el inconsciente colectivo no es adquirido, sino heredado. Consiste en contenidos que no han sido adquiridos individualmente, sino que derivan de la estructura cerebral hereditaria.” (Jung, 1959, p. 217); es decir, esta en la profundidad de la psique que se comparte con la humanidad, son universales y se puede acceder a ella a través de símbolos y arquetipos: “El símbolo es un arquetipo que habla directamente al inconsciente; es la llave que abre las puertas cerradas del alma humana.” (Campbell, 1949, p.23).

Desde esta perspectiva, se entiende que estas cargas psíquicas serán transmitidas dentro de generaciones hasta ser integradas: “Hasta que el inconsciente no se haga consciente, el subconsciente dirigirá tu vida y tú lo llamarás destino” (Jung, citado en Ramírez Suárez, 2021, p. 1). Jung tiene aportes acerca de la herencia emocional desde lo simbólico y el inconsciente colectivo e invita a considerar que la manera de integrarlo es atravesar las sombras heredadas para transformar el destino repetido en elección consciente.

Más adelante, Leopold Szondi, formuló una teoría que permitió ampliar la comprensión del inconsciente más allá del nivel individual y colectivo. En su propuesta, aparece el concepto de inconsciente familiar: “[...] forma una red invisible de información que envuelve a todos los miembros de una familia y desde generaciones, los une en un plan inconsciente de destino. Desde esta perspectiva el ser humano, no se concibe como un individuo aislado sino arraigado en un contexto que lo determina a él y a sus futuras generaciones” (Ramirez, M. 2021, p, 5).

Para Szondi, el ser humano está influenciado por elecciones que parecen personales, pero que responden a un mandato genético y heredado desde generaciones anteriores. Esa teoría es conocido como genotropismo y se comprende como una atracción inconsciente hacia vínculos, profesiones o situaciones que permiten continuar la historia no elaborada del sistema familiar: “la sede del inconsciente familiar se encuentra, según Léopold Szondi, en los genes recesivos, determinantes poderosos en la elección de pareja, de amigos y de una profesión” (Peña, 2015, p. 10). Es decir, muchas de nuestras decisiones vitales responden a una lógica invisible que opera desde las sombras del linaje.

Szondi diferenciaba entre un destino obligado, guiado por estas fuerzas inconscientes, y un destino libre, resultado de un proceso de toma de conciencia que permite al sujeto apropiarse de su vida. Es así como, la libertad no consiste en negar el pasado, sino en reconocerlo, simbolizarlo y transformarlo. El análisis del destino, no es una simple genealogía, sino una vía terapéutica para comprender y que a través de darle un lugar a lo que, hasta el momento se ha sostenido en la sombra del inconsciente familiar, sea reconocido, resignificado e integrado. (Ramirez, M. 2021, p, 5-6).

Una vez desarrollado el recorrido e importancia del inconsciente individual de Freud, el inconsciente colectivo de Jung y el inconsciente familiar de Szondi, se vuelve imprescindible articularlos desde una perspectiva clínica más integrada. En ese sentido, la obra de Anne Ancelin Schützenberger constituye un punto nodal que reúne y resignifica estos aportes en una herramienta terapéutica profundamente relacional, simbólica y orientada a la terapia.

Anne Ancelin Schützenberger desarrolla la psicogenealogía como enfoque clínico y dice que:

La psicogenealogía es una aproximación transgeneracional que parte del postulado de que los conflictos no resueltos, los traumas, los secretos y los duelos no elaborados de las generaciones anteriores pueden transmitirse a los descendientes y manifestarse en forma de síntomas, enfermedades o repeticiones de destino. Esta transmisión se realiza de manera inconsciente y se inscribe en el cuerpo y en la historia psíquica del sujeto como una fidelidad invisible al grupo familiar” (Schützenberger, A, 2008, p. 39).

Es decir se visibilizan las lealtades invisibles, los secretos familiares y los duelos no elaborados que siguen activos dentro del árbol genealógico.

Su herramienta principal es el genosociograma, un instrumento gráfico que permite observar, de manera simbólica y clínica, los patrones que se repiten, los eventos traumáticos no nombrados y las repeticiones transgeneracionales. En el libro *¡Ay, mis ancestros!*, Schützenberger (2001) afirma: “Mientras no se ha borrado la pizarra, una lealtad invisible nos incita a repetir, que lo queramos o no, que lo sepamos o no” (p. 7). Esta repetición no se da por casualidad, sino como una forma de fidelidad inconsciente al sistema familiar. El sujeto, especialmente el niño o niña, puede convertirse en resonador de lo no dicho, portando en su cuerpo o en su conducta aquello que no se pudo simbolizar en generaciones anteriores.

En esa línea, se sostiene que “todos heredamos una ‘bolsa de saco’ compuesta de felicidad, dramas, dolores sin resolver” (Schützenberger, 2014 p. 3). Es necesario abrir esa bolsa, nombrar el contenido y dar espacio a su elaboración. El genosociograma, en este contexto, no es solo una herramienta diagnóstica, sino un mapa simbólico y afectivo de la herencia emocional del sujeto.

Además, Evelyn Bissone (2012), discípula directa de Schützenberger, enfatiza que “lo no dicho enferma y se transmite a la próxima generación”, y que muchas veces los síntomas del presente “no nacen en la persona que los padece, sino que son herencias inconscientes de historias no contadas” (p. 2). Lo que no pudo ser llorado, nombrado o simbolizado, se expresa en forma de enfermedad, accidente, fracaso o repetición.

Por ello, el objetivo de la psicogenealogía no es encontrar culpables, sino abrir un espacio de comprensión simbólica donde el pasado familiar pueda ser resignificado. Según Araujo-Herrera y Almeida-Rodríguez (2015), al construir el árbol genealógico y hacerlo hablar, “se hace consciente situaciones que comprometen la salud, hechos tales como secretos de familia [...] que llevan al individuo a repeticiones inconscientes que lo enferman físicamente, pero al hacerlas conscientes, se propicia una sanadora libertad” (p. 96).

En síntesis, la psicogenealogía permite reconocer que lo heredado no es destino cerrado, sino material simbólico disponible para ser transformado. Cuando el pasado es mirado, comprendido y honrado, la repetición cede lugar a la elección, y se puede comenzar vivir más liviano.

## 2.2 El inconsciente familiar: secretos, vergüenza y repeticiones inconscientes

En el campo de la psicogenealogía, el inconsciente familiar se presenta como una dimensión psíquica donde habitan los contenidos emocionales no elaborados

del sistema. Opera en silencio, transmitiendo de generación en generación vivencias que no pudieron ser simbolizadas: secretos, duelos bloqueados, traumas no dichos, vergüenzas silenciadas o eventos que quedaron excluidos de la narrativa familiar.

En este sentido, el inconsciente familiar no solo contiene memorias, sino que tiene una función de expresarse a través de la repetición buscando ser reconocido y elaborado: “forma una red invisible de información que envuelve a todos los miembros de una familia y, desde generaciones, los une en un plan inconsciente de destino” (Ramírez Suárez, 2021, p. 5). Así, no se construye en aislamiento, sino en un campo vincular donde su historia está marcada por lo que no se dijo, lo que no se pudo llorar, y lo que fue ocultado para proteger o sostener al sistema.

Entre los mecanismos más potentes de transmisión inconsciente se encuentran los secretos familiares. Estos suelen ser eventos cargados de vergüenza, dolor o tabú (como abortos, abusos, incestos, enfermedades, suicidios, infidelidades, problemas económicas o adopciones) que son silenciados por una o varias generaciones. El problema no reside únicamente en el hecho en sí, sino en el silencio que lo envuelve, lo cual crea un vacío simbólico que afecta a los descendientes. Como señala Schützenberger (2001), “lo que no se expresa con palabras, se expresa con síntomas” (p. 38).

En esta línea, Evelyn Bissone (2012) afirma que los secretos generan una vergüenza tóxica que se transmite como un mandato mudo: “Lo no dicho enferma y se transmite a la próxima generación” (p. 2). Esta vergüenza, al no poder ser tramitada ni simbolizada, se cristaliza como una forma de culpa o malestar flotante que atraviesa los vínculos, se inscribe en el cuerpo o se manifiesta en decisiones inconscientes. Muchas veces, los descendientes repiten, sin saberlo, aspectos de la

vida de sus ancestros, como si algo no resuelto intentara completarse o encontrar una salida simbólica.

La vergüenza es, en este contexto, uno de los afectos clave del inconsciente familiar. A diferencia de la culpa, que puede nombrarse, la vergüenza suele estar asociada a la mirada del otro, al juicio social o familiar, y por lo tanto, tiende a ser silenciada. Esta vergüenza heredada no siempre tiene un origen claro, pero se vive como una sensación de no pertenecer, de no ser suficiente o de cargar con un error que no se comprende, “las cargas emocionales sin elaborar se anclan en el cuerpo como una segunda piel, que se transmite de madre a hija, de padre a hijo” (Bissone, 2012, p. 3).

Desde la teoría transgeneracional, se comprende que todo lo que no es elaborado en una generación se transmite a la siguiente en forma de repetición. Esta repetición es un intento del sistema familiar de integrar lo excluido. Schützenberger (2001) explica este fenómeno a través del concepto de *síndrome del aniversario*, observando que muchas personas repiten fechas, nombres o situaciones vitales que coinciden con eventos traumáticos del árbol genealógico.

El inconsciente familiar no es estático ni pasivo, es una estructura viva y activa que, al no encontrar elaboración, insiste a través del síntoma. Como plantea la psicogenealogía, el síntoma no solo habla del sujeto, sino del sistema al que pertenece. Y en muchos casos, el síntoma es el lenguaje del silencio.

Una contribución fundamental proviene del psiquiatra Iván Böszörményi-Nagy, quien desde su enfoque de terapia contextual, introdujo el concepto de lealtades invisibles como vínculos afectivo-éticos intergeneracionales: “Las personas están conectadas por una red invisible de expectativas morales. La fidelidad a estas lealtades puede incluso llevar a los individuos a repetir sufrimientos ajenos, como forma de mantener la pertenencia al sistema”

(Böszörményi-Nagy & Spark, 1973, p. 18). Esta lógica de fidelidad profunda genera lo que Böszörményi-Nagy denomina “cadenas éticas del linaje”.

El terapeuta, en este proceso, se convierte en un mediador entre lo visible y lo invisible del árbol. Su tarea no es forzar el recuerdo, sino acompañar el despliegue de una memoria emocional que está esperando ser mirada, escuchada y resignificada. Solo cuando se ilumina el silencio, la repetición deja de ser destino y se convierte en elección. Como lo afirman Araujo-Herrera y Almeida-Rodríguez (2015), “al hacer conscientes las situaciones que comprometen la salud, se propicia una sanadora libertad” (p. 96).

### 2.3 El árbol genealógico como mapa simbólico

El árbol genealógico no es únicamente una herramienta de registro de nombres, fechas y parentescos. Dentro del marco de la psicogenealogía, se convierte en un mapa simbólico y emocional, una cartografía psíquica para acceder a memorias del linaje que operan en la historia: secretos, repeticiones, exclusiones, duelos no elaborados y mandatos transgeneracionales.

Construir el árbol genealógico, y más aún, el genosociograma, es una invitación a hacer hablar al sistema. Cada nombre, silencio, repetición de fechas o eventos, cada hijo perdido, enfermedad o accidente, puede adquirir un sentido nuevo cuando es mirado desde la lógica del inconsciente familiar. Como señala Schützenberger (2001), el árbol es “una mina de oro” que, al ser explorada con respeto y profundidad, “nos cuenta secretos, nos guía hacia los traumas invisibles, las lealtades inconscientes y nos permite liberarnos de ellos” (p. 23).

Este mapa simbólico no solo contiene datos, sino que expresa estructuras vinculares, memorias emocionales y conflictos aún activos en el sistema. Se vuelve una forma de visibilizar aquello que ha sido excluido, olvidado o negado, y por

tanto, de abrir camino a su integración: “el árbol familiar permite hacer consciente la influencia que tienen los antepasados sobre las decisiones y comportamientos de los descendientes, ayudando a resignificar la historia personal” (Araujo-Herrera y Almeida-Rodríguez, 2015, p. 97).

El árbol genealógico funciona como una representación simbólica del sistema familiar total que refleja el orden y el caos, lo consciente y lo inconsciente, lo masculino y lo femenino, lo excluido y lo repetido. Es un espacio proyectivo donde al verlo, como expresa Virumbrales (2021), “revisar nuestro árbol es también hacerle una promesa: la de que vamos a mirar lo que no se miró, a nombrar lo que no se dijo, a llorar lo que no se lloró” (p. 58).

Además de su dimensión clínica, el árbol tiene una fuerza simbólica profunda. Su forma con raíces, tronco, ramas, frutos, evoca procesos de transmisión, sostén, crecimiento y transformación. Es una metáfora viva del linaje, pero también del proceso terapéutico: explorar el árbol es descender a las raíces para comprender por qué y cómo florecemos como lo hacemos.

#### 2.4 Memoria emocional, corporal y herencia epigenética

La transmisión transgeneracional no se limita a la dimensión psíquica o simbólica. Hoy en día, múltiples investigaciones en neurociencia y epigenética han comenzado a confirmar lo que la psicogenealogía y la clínica venían observando desde hace décadas: el cuerpo también hereda. Las experiencias emocionales intensas, los traumas no elaborados y los vínculos disfuncionales no solo dejan huellas en la psique, sino que modifican la manera en que se expresan nuestros genes, afectando a la salud, el comportamiento y las respuestas emocionales de las generaciones siguientes (Van Der Kolk, 2014). Esta perspectiva es coherente con la

idea de memoria emocional heredada. Como plantea Schützenberger (2008), “el cuerpo recuerda lo que la palabra calla” (p. 53).

La epigenética aporta una comprensión biológica a este fenómeno. Se ha demostrado que ciertos genes pueden “activarse” o “silenciarse” dependiendo del entorno emocional y social en el que se vive. Y lo más impactante, es que estas modificaciones pueden heredarse. Estudios con poblaciones expuestas a traumas masivos, como los descendientes de sobrevivientes del Holocausto, han mostrado alteraciones epigenéticas que se mantienen incluso en nietos y bisnietos, afectando su sistema inmunológico, niveles de ansiedad o capacidad de regular el estrés (Yehuda et al., 2016).

De esta manera, la psicogenealogía encuentra en la epigenética un respaldo científico a su propuesta simbólica: “El trauma no es solo un asunto de lo que sucedió, sino también de lo que permanece en silencio dentro del cuerpo, en lo que no se dice, en lo que se siente pero no se puede explicar.” (Van Der Kolk, 2014, p. 57). Y lo hace no solo en la narrativa familiar, sino también en la biología del cuerpo. Como afirma Bissone (2012), “el cuerpo actúa como archivo de lo emocional. Todo lo que no pudo simbolizarse, buscará otra vía de expresión” (p. 3).

Desde esta perspectiva, el cuerpo no miente: se convierte en vehículo de la memoria transgeneracional, muchas veces actuando como resonador de lo no dicho. Como lo explica van der Kolk (2014), “el trauma se convierte en un hecho biológico. Se almacena en la memoria sensorial del cuerpo como tensión muscular crónica, respuestas automáticas de miedo o dolor inexplicable” (p. 103).

En el caso de los niños y niñas, esto se vuelve aún más visible: “Cuando los adultos que rodean a un niño están atrapados en sus propios recuerdos traumáticos, es probable que no puedan sintonizar con las necesidades del niño.

Como resultado, el niño se convierte en el portador de los efectos del trauma de sus cuidadores” (Van Der Kolk, 2014, p. 174). Desde una mirada psicogenealógica, se reconoce que esta carga simbólica de lo no expresado se transmite como un mandato emocional que el cuerpo del niño encarna.

En síntesis, el cuerpo no solo siente, sino que guarda y transmite. Desde la psicogenealogía y la epigenética, se reconoce que lo no elaborado tiende a repetirse en las generaciones siguientes. El cuerpo infantil, por su sensibilidad y apertura simbólica, se convierte en el lugar donde lo no dicho del sistema familiar puede hacerse visible. Comprender esta dinámica permite ampliar la mirada clínica más allá del síntoma, reconociendo en el cuerpo una forma legítima de expresión del inconsciente familiar y una vía posible para su elaboración terapéutica.

## 2.5 El linaje como territorio simbólico y del inconsciente

El linaje no es solo una secuencia de generaciones unidas por la biología o la sangre; es, ante todo, un territorio psíquico donde circulan memorias, afectos, duelos no elaborados, mandatos, repeticiones y también recursos. En el contexto de la psicogenealogía señala que, “Somos los portadores de un linaje. Pertenece a una cadena de generaciones que nos transmite no solo su biología, sino también sus sueños no cumplidos, sus heridas no sanadas, sus secretos y sus fidelidades invisibles” (Anne Ancelin Schützenberger, 2001, p. 41)

Es territorio tejido por capas conscientes e inconscientes. Por un lado, existen los relatos explícitos que circulan en la familia como: historias de origen, migraciones, logros o tragedias; son los que configuran la narrativa familiar compartida. Pero, como señala Schützenberger (2001), “más allá de lo que se dice, cada familia tiene su historia secreta, compuesta de silencios, repeticiones, omisiones y lealtades ocultas” (p. 52). Estos elementos que permanecen excluidos

constituyen lo que la psicogenealogía denomina inconsciente familiar (Ramírez Suárez ,2021). Así, los síntomas, vínculos disfuncionales o elecciones vitales aparentemente azarosas pueden responder a estas cargas no elaboradas que operan desde el inconsciente.

Desde esta perspectiva, el linaje puede ser pensado como un inconsciente colectivo familiar, donde cada miembro encarna no solo sus propios conflictos, sino también las cargas y misiones emocionales de sus ancestros. Jung (1959) afirmaba que todo ser humano no solo tiene una historia personal, sino también “una historia prepersonal, un legado arquetípico, que forma parte de su ser más profundo” (p. 217).

Además, el linaje no solo transmite heridas, sino también fuerzas sanadoras: capacidades, talentos, resiliencia, memorias de amor y sabiduría que también circulan por las ramas del árbol. En palabras de Virumbrales (2021), “el linaje es un lugar interior que se puede habitar de otra forma cuando se lo recorre con conciencia, sin miedo y con respeto” (p. 64).

Por ello, el abordaje psicogenealógico no se orienta únicamente a identificar el trauma, sino también a rescatar los recursos que fueron olvidados o negados. Como señala Böszörményi-Nagy (1973), la lealtad también puede ser positiva, cuando se convierte en una fuerza de pertenencia amorosa, sostenedora y nutritiva.

En conclusión, concebir el linaje como un territorio simbólico y del inconsciente permite una comprensión ampliada de la persona , desde su historia colectiva que opera tanto desde narrativas, mandatos y lealtades. De esta manera, el linaje constituye una reserva arquetípica donde habitan no solo las heridas del pasado, sino también las imágenes primordiales de sanación y transformación. El

abordaje psicogenealógico posibilita, así, un proceso de individuación que no niega la herencia, sino que la integra conscientemente.

## Capítulo 3: Del síntoma al símbolo: integrar la sombra en la infancia

### 3.1 El síntoma infantil como expresión del trauma transgeneracional

En el marco de la psicogenealogía, el síntoma infantil puede ser leído no sólo como una expresión subjetiva, sino también como una manifestación relacional y transgeneracional. Esta perspectiva no niega la singularidad del niño, sino que la enmarca en un tejido más amplio de vínculos, memorias y afectos no elaborados que buscan, a través del cuerpo o la conducta, una vía de expresión.

Anne Ancelin Schützenberger (2001) afirma que "muchos niños se convierten en los portadores de los síntomas no expresados de sus padres o abuelos, como si una 'deuda' emocional los obligara a repetir lo que no ha sido llorado ni reconocido" (p. 112). El niño, en este sentido, lo que no se elabora simbólicamente, se repite en el cuerpo, en la emoción y en la conducta.

En muchos casos, los síntomas aparecen en momentos clave del desarrollo infantil o coinciden con fechas significativas para el sistema familiar. Schützenberger (2008) denominó a este fenómeno *síndrome del aniversario*, observando cómo duelos no elaborados, traumas silenciados o exclusiones del sistema tienden a reaparecer en generaciones posteriores como síntomas, bloqueos o accidentes en fechas similares. Así, un niño puede desarrollar una dificultad respiratoria justo en la época del año en que su abuela murió ahogada, o presentar terrores nocturnos que repiten inconscientemente el trauma de un abuelo exiliado.

En la misma línea, Böszörményi-Nagy y Spark (1973) introducen el concepto de "lealtades invisibles", que actúan como hilos silenciosos que repiten sufrimientos pero que dan sentido de pertenencia. Así, el síntoma puede entenderse como una

forma de amor ciego, donde el niño carga con el dolor no elaborado de generaciones anteriores, intentando restablecer un equilibrio roto.

Cuando el niño expresa síntomas que parecen desproporcionados frente a su experiencia vital, se vuelve necesario considerar que está canalizando algo más que su biografía individual. Como señala Ramírez Suárez (2021), "el niño es muchas veces el portavoz de una historia no contada, un actor que representa sin saberlo el drama inconcluso del sistema familiar" (p. 6). Esta representación no es consciente ni voluntaria, sino simbólica: el cuerpo y el comportamiento del niño hablan un lenguaje que solicita escucha e interpretación profunda.

Desde esta perspectiva, la intervención clínica con niños no puede reducirse a una mirada conductual o centrada exclusivamente en la dinámica nuclear actual. Es preciso ampliar el campo, abrir el mapa simbólico y considerar las voces del linaje que resuenan a través del síntoma. Como afirma Ramírez Suárez (2021): "El niño carga muchas veces con contenidos que no le pertenecen. Su síntoma es un lenguaje del inconsciente familiar, que a través de él busca ser elaborado" (p. 7).

La ludoterapia es el lenguaje natural del alma infantil y permite que a través del juego, el niño puede representar lo que no puede decir, actuar lo que no comprende y transformar lo que le duele. Desde la ludoterapia kontikiana, se comprende al síntoma no como patología, sino como puerta. Como plantean Proaño & Cevallos (2025) el juego simbólico permite que el síntoma encuentre forma, que el dolor se represente y que el trauma se transforme. El niño puede, en el espacio lúdico, expresar el malestar ancestral sin necesidad de saberlo verbalmente, porque su cuerpo y su alma lo saben.

En conclusión, el síntoma es entonces el umbral hacia una historia más grande. No se trata de identificar culpables, sino de ver al niño como un espejo del linaje,

como un canal sensible que expresa, muchas veces con dolor, lo que necesita ser sanado en el sistema familiar.

### 3.2 El juego como vía de expresión y contención del inconsciente familia

En el contexto de la psicogenealogía y la ludoterapia, el juego no es únicamente un medio de expresión individual, sino también un espacio donde se representan y se metabolizan los contenidos del inconsciente familiar. La ludoterapia es una vía terapéutica para la elaboración de aquello que ha sido excluido o reprimido en el sistema familiar. Lo que permanece silenciado por trauma, vergüenza, duelo no elaborado o lealtades invisibles busca, desde el inconsciente familiar, una vía de expresión. En este marco, el juego terapéutico brinda una posibilidad de resignificación profunda a través del símbolo encarnado.

Desde la perspectiva de Anne Ancelin Schützenberger (2001), muchos síntomas infantiles responden a una fidelidad inconsciente al sistema familiar, por lo cual “el niño puede convertirse en portador del drama de otro, como si pagara una deuda emocional que nunca le correspondió” (p. 112). Esta repetición no es racional ni voluntaria, sino simbólica, y el juego aparece como lenguaje natural para procesar esa herencia invisible.

Virginia Axline (1947), una de las pioneras del enfoque no directivo en terapia de juego, sostenía que “el niño tiene dentro de sí una fuerza que tiende hacia la integración, si se le proporciona un espacio suficientemente seguro y libre para expresarse” (p. 12). En la ludoterapia kontikiana, este espacio se configura como un contenedor ritualizado en el que el terapeuta actúa como guardián del proceso. Como subraya Proaño & Cevallos (2025): “el juego es un acto sagrado donde el alma del niño puede recordar, representar y transformar lo que ha sido silenciado

en el linaje” (Módulo 3). El símbolo, en su capacidad mediadora de entrada y salida del inconsciente, permite a la psique representar lo excluido sin desbordarse.

Marion Woodman (1985), desde la psicología junguiana, subraya que “la verdadera transformación ocurre cuando el cuerpo, el alma y el símbolo están en diálogo” (p. 101). El niño, al jugar, pone en escena esta tríada: actúa desde el cuerpo lo que el alma recuerda y lo simboliza con materiales arquetípicos. El síntoma, entonces, se despliega y se transmuta.

En el marco de la ludoterapia kontikiana, no se trata de hablar, sino de crear las condiciones simbólicas para jugar y que se represente el linaje en lo simbólico. Como sugiere Joseph Campbell (1949), “el símbolo es la llave que abre las puertas cerradas del alma” (p. 23). El niño no necesita saber que su malestar coincide con la fecha del dolor no elaborado de su familiar. Su cuerpo y su alma lo saben, y el juego lo expresa.

Como mencionan Proaño & Cevallos (2025), “acompañar al niño es también acompañar al alma familiar en su proceso de sanación” (Módulo 2). El terapeuta kontikiano, al sostener este acto lúdico, es testigo de una escena donde el símbolo transforma el dolor heredado en posibilidad de vida. Recordando también que: “el terapeuta es guardián del umbral, no intérprete del símbolo. Sostiene el espacio para que el alma del niño se exprese con libertad” (Módulo 3).

Las repeticiones en el juego no deben ser corregidas ni interrumpidas, sino comprendidas como parte de un proceso profundo de elaboración psíquica. Lejos de ser redundante, la escena reiterada en la ludoterapia puede ser leída como la insistencia del inconsciente familiar en buscar expresión y sentido. En este sentido, Böszörményi-Nagy y Spark (1973) plantean que “las lealtades invisibles actúan desde un plano afectivo y ético”, de modo que “repetir el dolor del sistema puede

ser un acto inconsciente de amor” (p. 18). La escena lúdica permite dramatizar esa lealtad, dándole forma, cuerpo y eventualmente una salida simbólica.

Además, el juego funciona como una barrera protectora frente a la desorganización psíquica que implicaría el contacto directo con lo traumático. El niño no revive literalmente el trauma ancestral: lo representa simbólicamente, activando una escena de transformación. Como afirma Axline (1947), “el niño, si se le da la libertad para ser él mismo, tenderá espontáneamente hacia la integración” (p. 14). Esa libertad psíquica solo es posible cuando se crea un entorno simbólico suficientemente seguro donde el símbolo pueda actuar.

El juego, entonces, no es una actividad trivial ni una descarga de energía, sino un escenario terapéutico donde el inconsciente familiar puede verse, sentirse y resignificarse. En palabras de Proaño y Cevallos (2025), “acompañar al niño es también acompañar al alma familiar en su proceso de sanación” (Módulo 2). Cuando un niño escenifica con muñecos una guerra, una separación, una pérdida o una reconciliación, está tramitando desde su cuerpo y su alma aquello que el sistema familiar le confió en silencio.

Por todo ello, la ludoterapia no se reduce a una técnica clínica, sino que se constituye como una vía de sanación simbólica profundamente respetuosa de la lógica del inconsciente familiar. A través del juego, lo excluido encuentra lugar, lo no dicho adquiere voz, y lo repetido se resignifica. En ese acto lúdico, el niño no solo se libera de una carga, sino que restituye algo al sistema familiar y genera un movimiento transgeneracional.

### 3.3 El viaje del héroe en la infancia: resignificar la herencia desde lo simbólico

El viaje del héroe en la infancia no es solo una metáfora literaria sino es una estructura profunda que puede vivirse en el espacio terapéutico lúdico. El niño que

se atreve a jugar lo que le duele, está atravesando una iniciación. Y el terapeuta que lo acompaña con presencia simbólica, está siendo testigo de esa transformación.

El viaje del héroe, como lo plantea Joseph Campbell (1949), es una estructura universal que describe el proceso psíquico de individuación, el tránsito por pruebas iniciáticas y la posibilidad de una transformación interna que afecta no solo al sujeto, sino también a su sistema.

Este viaje comienza muchas veces con un llamado inconsciente: un síntoma, una conducta disruptiva, un bloqueo emocional o una crisis vincular. En el marco de la ludoterapia kontikiana, este llamado no se interpreta como un problema a resolver, sino como el inicio de una búsqueda simbólica. “El niño que juega sus sombras está respondiendo a un llamado profundo del alma: sanar algo que no le pertenece, pero que lo habita” (Proaño & Cevallos, 2025, módulo 3).

En este proceso, el juego representa el mapa y el territorio de esa travesía. Cada escena lúdica, cada personaje, cada obstáculo representado simbólicamente, forma parte del camino iniciático. Como afirma Jung (1959), “los arquetipos son las imágenes primordiales que estructuran nuestra psique, y el héroe es una de las figuras más poderosas que moviliza la transformación” (p. 217). El niño, al jugar, no imita simplemente roles: encarna figuras arquetípicas que le permiten reorganizar su experiencia emocional.

En muchos casos, a través de la ludoterapia se reproduce historias de abandono, pérdida, peligro o redención. Estos no son relatos inventados, sino expresiones simbólicas de la realidad familiar que el niño carga y representa. Así, lo que en la superficie parece un simple juego se revela como una metáfora psíquica. En palabras de Schützenberger (2001), “el niño es muchas veces el héroe trágico de una historia que no conoce, pero que necesita ser contada” (p. 94).

Este viaje simbólico incluye la confrontación con la sombra. El niño debe atravesar miedos, rabias, tristezas que muchas veces no son solo suyas, sino que resuenan con experiencias de exclusión, vergüenza o injusticia del árbol familiar. Marion Woodman (1985) plantea que “la sombra es la parte olvidada del alma, y solo puede ser redimida cuando se la mira sin juicio y con amor” (p. 138). El juego, en su potencia simbólica, ofrece ese espacio de mirada y de redención.

En el modelo kontikiano, el tablero simbólico que estructura el proceso lúdico del niño está directamente inspirado en esta lógica del viaje iniciático. Cada nivel representa una dimensión psíquica que el niño debe atravesar: “El tablero no es una técnica, es un mapa del alma. Y cada niño lo recorre a su manera, con sus símbolos y a su ritmo” (Proaño & Cevallos, 2025, módulo 2).

Resignificar la herencia desde lo simbólico implica que el niño, al jugar va a transformarla. Ya no está sometido pasivamente al mandato, al secreto o al duelo no tramitado. En el juego, puede darle otra forma, otro destino. Puede matar al monstruo, salvar al personaje olvidado, cambiar el final del cuento. Estas acciones no son fantasías vacías: son actos psíquicos de integración. Como lo señala Ramírez Suárez (2021), “el símbolo no cura por lo que representa, sino por lo que permite transformar en el alma del sujeto” (p. 9).

En este proceso, el niño no se convierte en otro, sino en sí mismo. No borra su historia, la resignifica. No niega su linaje, lo honra sin repetirlo. Y esa es, precisamente, la función terapéutica del símbolo: permitir que lo que fue vivido como destino, se vuelva elección.

### 3.3.1 Cuentos, personajes y rituales como mediadores del inconsciente

Los cuentos, los personajes simbólicos y los rituales son portales que permiten al alma infantil transitar lo indecible, dar forma a lo informe y nombrar lo

silenciado. En el marco de la ludoterapia kontikiana, estos elementos no son adornos del proceso, sino estructuras arquetípicas que median entre el inconsciente y la conciencia, entre el dolor heredado y la posibilidad de sanación. A través de ellos, lo ancestral puede ser encarnado, dramatizado y transformado desde el juego.

Carl Jung (1959) plantea que “los arquetipos son sistemas de disposición psíquica que producen representaciones similares en todos los tiempos y lugares” (p. 79). El niño no necesita entender intelectualmente que está representando el arquetipo de la sombra o del viejo sabio: simplemente lo elige y lo encarna porque lo necesita evocar.

Los cuentos tradicionales, poblados de reyes, brujas, dragones, huérfanos y pruebas iniciáticas, son expresiones colectivas de estos arquetipos. En la infancia, el alma reconoce esas formas como propias. Bruno Bettelheim (1976) afirmaba que “el cuento de hadas permite al niño encontrar sentido a sus conflictos internos y darles una solución simbólica” (p. 13). En este sentido, los cuentos activan procesos psíquicos de gestión emocional dado que lo que no se puede decir, se puede contar.

En el modelo de ludoterapia kontikiana, los cuentos no se leen sino se juegan y se crean. El niño crea sus propias versiones, mezcla historias, transforma finales. Esta libertad narrativa le permite integrar lo que ha sido fracturado en su historia personal o familiar. “Cuando un niño transforma el final de un cuento, no solo está creando: está rescribiendo el destino” (Proaño & Cevallos, 2025, módulo 4). El cuento se vuelve ritual, acto simbólico de reparación.

Los personajes que emergen en el juego, en los dibujos o en la plastilina, muchas veces representan aspectos disociados del sistema familiar. La bruja puede encarnar la abuela controladora excluida de la narrativa familiar; el dragón, el secreto no nombrado; el mago, el recurso ancestral olvidado. Como plantea

Schützenberger (2001), “el niño, al jugar, representa los dramas no dichos del árbol genealógico” (p. 73). Y lo hace con personajes simbólicos que permiten sostener la intensidad emocional sin colapsar. El disfraz, la voz aguda, el títere, el objeto ritualizado, actúan como mediadores entre el niño y el contenido transgeneracional que está tramitando.

El ritual, en este contexto, cumple una función de cierre y transformación. Si el cuento es el relato y el personaje el vehículo, el ritual es el acto simbólico que inscribe el proceso en el cuerpo y en el alma. Puede ser el entierro de un objeto, el dibujo de un tótem, la creación de una máscara, el baile de despedida a un personaje: no importa su forma externa, sino su capacidad de marcar un umbral psíquico. En palabras de Mircea Eliade (1961), “todo rito auténtico implica la repetición simbólica de un acto primordial, un retorno al origen para renovarse” (p. 34).

El terapeuta kontikiano sostiene este proceso como guardián del espacio ritual. No interpreta, no dirige: acompaña, observa, sostiene. Su rol es cuidar el campo simbólico para que el niño pueda atravesar la escena de su alma con libertad y sentido. Como afirma Woodman (1985), “el símbolo solo actúa si se le da tiempo, espacio y cuerpo para desplegarse” (p. 142).

En síntesis, cuentos, personajes y rituales son herramientas terapéuticas profundamente simbólicas que permiten al niño representar, procesar y resignificar los contenidos del inconsciente familiar. En ellos, el dolor heredado encuentra forma; la sombra, expresión; y el alma, caminos para elegir otra historia.

### 3.3.2 Del trauma al relato: juego, metáfora y cuentos terapéuticos

Transformar el trauma en relato es una de las tareas más complejas y necesarias del trabajo terapéutico con niños y niñas. Cuando el dolor no puede ser

nombrado, se manifiesta como síntoma; cuando no encuentra sentido, se convierte en repetición; pero cuando se vuelve historia, puede resignificarse. Este pasaje del trauma mudo al relato simbólico, es central en la ludoterapia kontikiana, donde el juego actúa como puente entre el cuerpo dolido y el movimiento.

El trauma, según van der Kolk (2014), “no es la historia de lo que sucedió, sino la huella que dejó aquello que no pudo ser integrado” (p. 23). En la infancia, esa huella muchas veces se expresa a través del cuerpo, la conducta o el juego. El niño no puede contar lo que no entiende, pero puede representarlo simbólicamente. En este sentido, el juego se convierte en un lenguaje que permite al alma infantil narrar su herida sin necesidad de explicarla.

Desde la perspectiva de Jung (1954), el símbolo es “el mejor representante posible de una realidad aún desconocida” (p. 92). Es decir, cuando la experiencia emocional excede la capacidad de comprensión, el símbolo aparece como forma de mediación. La metáfora es una herramienta psíquica: “la metáfora permite nombrar lo innombrable y sostener lo insostenible” (Woodman, 1985, p. 144).

En la práctica kontikiana, los cuentos terapéuticos como plantea Proaño (2025), “el cuento terapéutico es un ritual escrito: contiene el dolor, nombra la sombra y anticipa la transformación” (módulo 4). En él, el trauma deja de ser un caos sin sentido y se convierte en relato compartido, digno, humano.

Además, cuando el niño logra narrar su cuento, ya sea a través de teatro, títeres, dibujos, objetos rituales o escritura, no solo se alivia sino se reconfigura. Como dice Schützenberger (2001), “nombrar lo que fue silenciado restituye la dignidad de una historia” (p. 82).

Desde la psicogenealogía, este relato no pertenece solo al niño, sino al sistema que habita. Cuando un niño escribe que un personaje debe liberar a sus antepasados atrapados en una cueva, no está fantaseando: está haciendo un acto

simbólico de reparación. Está liberando, con su imaginación, lo que quedó detenido en la memoria transgeneracional. Está convirtiendo el trauma en relato, y el relato en medicina.

### 3.4 Consideraciones éticas en la exploración del linaje con niños/as

Trabajar con el linaje desde la clínica infantil es un acto delicado, profundo y necesariamente ético. Implica adentrarse no solo en la subjetividad de un niño o niña, sino también en las memorias de un sistema familiar. Desde la psicogenealogía y la ludoterapia kontikiana se reconoce que el síntoma infantil puede resonar con traumas transgeneracionales, pero esta comprensión no habilita a intervenir sin precauciones. Nombrar el linaje requiere sostenerlo simbólicamente y no invadirlo. Escuchar el síntoma no es forzar la genealogía, sino cuidarla como se cuida un tejido sagrado.

Anne Ancelin Schützenberger (2001) advierte que “el árbol genealógico es como una mina de oro... pero también como una mina de explosivos” (p. 41). Esto significa que abrir los secretos familiares, aunque potencialmente sanador, puede también movilizar dolores profundos que aún sostienen el equilibrio emocional del sistema familiar. Cuando esto ocurre a través del niño, quien muchas veces actúa como el portavoz del inconsciente familiar, es imprescindible extremar el cuidado y la contención.

En este sentido, uno de los principios éticos fundamentales es el respeto por el tiempo simbólico del niño. No es el terapeuta quien decide cuándo un tema debe ser abordado, sino el alma del niño, a través de sus imágenes, juegos y silencios. Como señala Axline (1947), “el niño tiene dentro de sí la tendencia hacia la integración, y la terapeuta debe confiar en que esa tendencia sabrá mostrarse si se le da el espacio” (p. 38). Obligar a un niño a hablar de sus ancestros, a confrontar

secretos o a representar escenas familiares puede ser no solo invasivo, sino traumatizante.

El trabajo con contenidos transgeneracionales debe emerger de manera orgánica, como parte del proceso simbólico del niño. La ludoterapia kontikiana propone que el terapeuta no indague desde lo racional, sino que escuche desde el símbolo. Si el niño entierra una figura, si nombra a un personaje con el nombre de su abuelo, si se queda prolongadamente en el nivel del éter, ahí hay algo que resuena. No se trata de “descubrir” el secreto, sino de acompañar la elaboración simbólica de lo que está listo para ser transformado.

Asimismo, toda exploración del linaje implica una doble mirada: hacia el niño y hacia el sistema familiar. El trabajo con los cuidadores primarios es esencial para sostener este proceso. Proaño & Cevallos (2025) señalan que “el alma del niño no puede cargar sola con el dolor de su linaje; necesita adultos disponibles que también se hagan cargo” (módulo 3). Las tiendas mágicas, dentro del modelo kontikiano, son espacios que permiten trabajar de manera paralela con las figuras parentales, abriendo posibilidad de simbolizar, elaborar y transformar a nivel sistémico lo que el niño expresa en su juego.

Desde una ética transgeneracional, también es importante evitar la culpabilización de los adultos. El terapeuta no debe asumir el rol de juez del sistema familiar, sino el de guardián compasivo. Como plantea Böszörményi-Nagy (1973), toda familia está organizada en torno a una red de justicia relacional, donde incluso el daño se inscribe como intento de sostén. Explorar el linaje no es encontrar culpables, sino honrar las heridas con respeto, sin romantizar ni condenar.

Por otra parte, también se deben considerar los límites de la conciencia infantil. Hay temas, como abusos, muertes violentas, secretos dolorosos, que pueden estar presentes en el inconsciente familiar, pero que no deben ser

nombrados directamente al niño si este no lo solicita simbólicamente. El símbolo permite trabajar con el contenido sin exponerlo crudamente. Un cuento puede ser más eficaz y más protector que una explicación racional.

Finalmente, el trabajo ético con el linaje implica reconocer que cada niño y niña tiene derecho a escribir su propia historia. Aunque porte algo del dolor ancestral, también porta la posibilidad de transformación. El objetivo terapéutico no es atar al niño a su genealogía, sino permitirle resignificarla, liberar lo que no le pertenece y elegir desde su deseo. Como afirma Virumbrales (2021), “sanar el árbol no es cargar con él, sino danzar con sus raíces sin quedar atrapado en su sombra” (p. 76).

## Conclusiones

1. La ludoterapia kontikiana ofrece un modelo terapéutico profundamente simbólico que permite al niño o niña representar y transformar contenidos psíquicos transgeneracionales, no desde la razón, sino desde el cuerpo, el juego y el símbolo.
2. El síntoma infantil, en muchos casos, puede leerse como expresión de una lealtad invisible hacia el sistema familiar. Más que tratarlo como patología individual, es necesario comprenderlo en su dimensión relacional, transgeneracional y simbólica.
3. Integrar el enfoque lúdico y psicogenealógico posibilita un abordaje terapéutico que no fragmenta al niño entre lo personal y lo ancestral, sino que lo comprende como portador sensible de un sistema y lo acompaña en el proceso de elaboración simbólica.
4. El símbolo, el cuento, el personaje y el ritual son vías que posibilitan el pasaje del trauma al relato, de la repetición al acto creativo, del silencio al sentido. Son recursos clínicos y psíquicos de enorme potencia, especialmente en el trabajo con niños y niñas.

## Recomendaciones

1. Se recomienda sostener el espacio terapéutico desde una escucha no directiva, simbólicamente afinada y profundamente respetuosa del proceso del niño. Formarse en enfoques simbólicos y transgeneracionales amplía la comprensión del síntoma y enriquece la práctica clínica.
2. También se recomienda integrar espacios lúdicos ritualizados en contextos de intervención con infancia vulnerable. Incluir el trabajo con el árbol genealógico en las evaluaciones y procesos terapéuticos puede abrir comprensiones que exceden lo conductual.
3. Se recomienda explorar la construcción de recursos terapéuticos específicos que integren elementos de la psicogenealogía con metodología lúdica para abordar la sanción del linaje desde la ludoterapia.
4. Se recomienda la inclusión consciente de los adultos en el proceso terapéutico es esencial para sostener la transformación que el niño inicia simbólicamente. Reconocer que el niño puede estar expresando algo del sistema no implica culpa, sino oportunidad.

## Bibliografía

- Araujo-Herrera, T., & Almeida-Rodríguez, M. (2015). El uso del árbol genealógico en la psicogenealogía clínica. *Revista de Psicología Clínica y Transgeneracional*, 5(2), 95–104.
- Axline, V. M. (1947). *Play therapy*. Ballantine Books.
- Bettelheim, B. (1976). *The uses of enchantment: The meaning and importance of fairy tales*. Vintage Books.
- Bissone, E. (2012). *Lo no dicho enferma*. Documento citado en formación clínica con discípulos de Schützenberger.
- Böszörményi-Nagy, I., & Spark, G. M. (1973). *Invisible loyalties: Reciprocity in intergenerational family therapy*. Harper & Row.
- Campbell, J. (1949). *The hero with a thousand faces*. Pantheon Books.
- Centro Kontikion. (2025). *Nuestra historia*. Recuperado de <https://kontikion.com.ec/nuestra-historia>
- Cucci, M., & Varghese, N. (2024). Patrones transgeneracionales y repetición simbólica en clínica familiar. *Revista de Terapia Sistémica*, 12, 25–40.
- Durand, G. (1964). *Las estructuras antropológicas del imaginario*. Bordas.
- Eliade, M. (1961). *Lo sagrado y lo profano*. Harcourt.
- Freud, S. (1915). Lo inconsciente. En *Obras completas* (Vol. XIV). Hogarth Press.
- Freud, S. (2003). *Más allá del principio del placer*. (Trabajo original publicado en 1920). Biblioteca Nueva.
- Jung, C. G. (1954). *Los arquetipos y lo inconsciente colectivo*. Paidós.
- Jung, C. G. (1959). *Los complejos y el inconsciente*. Paidós.
- Jung, C. G. (1964). *El hombre y sus símbolos*. Paidós.

- Peña, H. (2015). El genotropismo de Szondi: el inconsciente familiar y la elección. *Psicogenealogía Latinoamericana*, 3(1), 9–15.
- Proaño, M. A. (2009). Materiales internos de formación Kontikion. Documento inédito, Centro Kontikion.
- Proaño, M. A., & Cevallos, D. (2025). Materiales de formación en ludoterapia kontikiana. Módulos inéditos. Centro Kontikion.
- Ramírez Suárez, M. (2021). El inconsciente familiar: Notas clínicas. Documento de trabajo clínico.
- Schützenberger, A. A. (2001). *¡Ay, mis ancestros!*. Ediciones Obelisco.
- Schützenberger, A. A. (2008). *Psicogenealogía: Sanar los lazos familiares*. Ediciones Obelisco.
- Schützenberger, A. A. (2014). *La bolsa de saco*. Ediciones Obelisco.
- Van der Kolk, B. (2014). *The body keeps the score: Brain, mind, and body in the healing of trauma*. Viking.
- Virumbrales, C. (2021). *Sanar el árbol: Psicogenealogía simbólica y ritual*. Ediciones Gaia.
- Woodman, M. (1985). *The pregnant virgin: A process of psychological transformation*. Inner City Books.
- Yehuda, R., Bierer, L. M., & Lehrner, V. A. (2016). The role of epigenetics in transgenerational transmission of trauma. *Biological Psychiatry*, 79(5), 331–338.